

persona era la marquesa de Auray, la altiva heredera del apellido *de Sablé*, á la cual hemos hecho aparecer una sola vez en este relato para describir su pálido y severo semblante. Como de costumbre, la marquesa vestía de luto; pero ahora llevaba, además, un velo negro que la envolvía por completo. Y aquí encaja decir que el paraje en busca del cual, con la indecisión de la ignorancia, iba nuestro esforzado é indiferente capitán, le era familiar á ella: era el tal paraje una como casa de guarda, situada á poca distancia de la entrada del parque, y habitada por un anciano para con el cual la marquesa de Auray llenaba, desde hacía veinte años, una de esas obras de beneficencia laboriosa y continua que le valieran, en una porción de la Baja Bretaña, la fama de rígida santidad de que gozaba.

La marquesa puso el semblante todavía más grave que de costumbre cuando atravesó, con lentitud solemne, el parque de su castillo para dirigirse á la casita de guarda de la que hemos hablado; casita que, al decir de la gente, estaba habitada por un antiguo servidor de la familia Auray. Lo puerta de la mencionada vivienda estaba de par en par como para dar paso á los últimos rayos del sol poniente, tan gratos en el mes de mayo y tan vivificantes para los ancianos. Sin embargo, en la casita no

había alma viviente. La marquesa entró en aquélla, tendió una mirada á su alrededor, y como si hubiese estado segura de que aquél á quien había ido á buscar no podía tardar en presentarse, resolvió aguardarle. Sentóse, pues, la de Auray, pero semejante á las estatuas sepulcrales, que no están en su centro sino á la sombra mortuoria de sus húmedas criptas, lo hizo en sitio donde no pudiesen dar en ella los rayos solares.

Media hora hacía que la marquesa se encontraba en la casita, inmóvil é imaginativa, cuando entre ella y la moribunda luz del día se interpuso un bulto.

La de Auray levantó lentamente los ojos, y vió de pié en el umbral de la casita al personaje á quien estaba aguardando.

El recién llegado y la marquesa se estremecieron como si el acaso les hubiese reunido, como si no hubiesen tenido la costumbre de versa diariamente.

—¿Es usted, Achard?—profirió la marquesa hablando la primera.—Le estoy aguardando á usted hace media hora. ¿Dónde estaba usted?

—Si la señora marquesa hubiese tenido á bien dar cincuenta pasos más, me habría encontrado al pie de la encina grande, en el linde del bosque.

—Ya sabe usted que no voy nunca por ese lado—repuso la marquesa conmoviéndose visiblemente.

—Hace usted mal, señora; en el cielo hay quien tiene derecho á nuestras comunes oraciones, y tal vez se admira de no oír más que las mías.

—Y ¿quien le dice á usted que yo no ore?—profirió la marquesa haciendo un movimiento febril.—¿Usted cree que los muertos exigen que permanezcamos constantemente arrodillados sobre sus tumbas?

—Nó—respondió el anciano con profunda tristeza—no creo que los muertos sean tan exigentes, señora; pero estoy persuadido de que si algo de nosotros nos sobrevive en la tierra, ese algo se estremece al ruido de los pasos de aquellos á quienes hemos amado durante nuestra existencia terrena.

—¿Y si ese amor fuese culpado?—replicó la marquesa con voz queda y profunda.

—Por culpado que haya sido, señora—respondió el anciano, bajando la voz al unísono de la voz de la marquesa—¿usted imagina que la sangre y las lágrimas no lo han expiado? Créame usted, señora, Dios fué entonces un juez demasiado severo para no ser hoy padre indulgente.

—Sí—murmuró la marquesa—Dios ha perdonado tal vez; pero si la sociedad supiese lo que Dios sabe, ¿perdonaría como Dios?

—¡La sociedad! ¡la sociedad!—profi-

rió el anciano.—Ahí su eterno argumento, señora. ¡La sociedad! á ella, á ese fantasma se lo ha sacrificado usted todo: afecto de amante, afecto de esposa, amor de madre, dicha propia, ventura ajena... ¡La sociedad! El temor á ella es el que ha vestido á usted ese traje de luto, tras el cual ha creído usted ocultarle sus remordimientos. Y ha tenido usted razón, pues ha logrado usted engañarla, haciéndole tomar por virtud los remordimientos que á usted la devoraban.

Levantó con inquietud la frente la marquesa de Auray, y apartó los pliegues de su velo para mirar al hombre que de tan singular manera la estaba hablando; luego, tras unos instantes de silencio en que inútilmente escudriñó el impassible rostro del anciano, dijo:

—La amargura con que usted me habla me daría á sospechar que tiene usted un resentimiento personal conmigo. ¿He faltado á alguna de mis promesas? ¿los que sirven á usted por orden mía, no le respetan y obedecen cual yo se lo recomiendo? De no ser así, basta que diga usted una palabra.

—Usted perdone, señora, es tristeza, no amargura; es el efecto del aislamiento y de la vejez. Usted debe saber qué es el sentir pesares que no podemos comunicar; qué derramar lágrimas que no deben subirnos á los ojos y caen nueva-

mente y gota á gota en nuestro corazón. No, no tengo queja contra nadie, señora. Desde que usted, movida por un sentimiento al cual le estoy agradecido sin intentar profundizarlo, se encargó de velar personalmente para que nada me faltara, no ha olvidado usted un solo día su promesa, y, como el antiguo profeta, en ocasiones he visto venir un ángel por mensajero.

—Sí—repuso lo marquesa;—sé que Margarita acompaña á menudo al criado encargado de servirle á usted, y he visto con satisfacción los cuidados que á usted le prodiga y la amistad que siente por usted.

—Me parece que tampoco yo he faltado á mis deberes—repuso el anciano.—Hace años que vivo alejado de los hombres y he ahuyentado de esta casa á todo ser viviente; tanto temía para usted el delirio de mis vigiliass y la indiscreción de mis sueños.

—Es verdad, es verdad; y, por fortuna, el secreto ha quedado bien oculto—dijo la marquesa poniendo la mano en el brazo de Achard;—pero esto, para mí, es una causa más para no perder en un día el fruto de veinte años más sombríos, más aislados, más terribles aún que los que usted ha pasado.

—Lo comprendo: usted ha sentido más de una vez volcársele el corazón al pensar de improviso que en el mundo

había un hombre que quizás vendría un día á exigirme la revelación de ese secreto, y que á ese hombre no me cabía el derecho de ocultarle cosa alguna. ¡Ah! sólo al imaginarlo se perturba usted, ¿no es verdad? Tranquilícese usted, señora. El hombre ese se fugó, niño todavía, del colegio donde le hacíamos educar en Escocia, y hace diez años que nadie ha oído hablar de él. Ser consagrado á la obscuridad, se ha sustraído á su suerte, y ahora anda vagando por la inmensidad de la tierra, sin que se sepa dónde se encuentra. ¡Oh, pobre é inominada unidad, perdida entre los millones de hombres que nacen y mueren en la superficie del globo! Se le habrán extraviado la carta de su padre y la señal con auxilio de la que debo conocerle; ó, más bien todavía, puede que el infeliz ya no exista.

—Al decir á una madre tales palabras, revela usted crueldad—repuso la marquesa.—Usted no sabe qué singulares secretos y contradicciones encierra el corazón de una mujer. Vamos á ver, mi viejo amigo, ¿el secreto que mi hijo ha ignorado durante veinticinco años, se hace hoy tan necesario á su existencia, caso de que todavía aliente, que no pueda vivir si no se lo revelan? Créame usted, Achard, en bien de él, vale más que continúe ignorándolo. Estoy segura de qué hasta lo presente ha sido dicho.

so. No modifique usted su existencia, no le inculque pensamientos que pueden llevarlo á cometer una mala acción. No, en vez de lo que debes manifestarle, dile que su madre ha ido á reunirse con su padre en el cielo, ¡y ojalá Dios fuese así! pero que, al morir, pues por más que tú digas quiero verle, estrecharle, no sea sino una vez contra mi corazón; dile que al morir lo he recomendado á su amiga la marquesa de Auray, en la cual hallará una madre.

—La comprendo á usted, señora— profirió Achard sonriendo.—No es la primera vez que abre usted esta vía, en la cual quiere extraviarme; solamente que hoy lo hace usted con más franqueza, y, de atreverse, ó á lo menos si no me conociese como me conoce, me ofrecería alguna recompensa para darme á faltar á la voluntad postera del que duerme tan cerca de nosotros. ¿No es cierto?

Hizo la marquesa un gesto como para interrumpir al anciano; pero éste tendió la mano y prosiguió:

—Escuche usted, señora, y lo que voy á decirle fijelo usted en su mente como una determinación irrevocable y santa: seré, á las promesas que hice al conde de Morlaix, tan fiel como lo he sido á las que hice á la marquesa de Auray. El día que el hijo de aquél, ó el de usted, venga para presentarme la pren-

da de reconocimiento y reclamarme la revelación del secreto, se lo diré. En cuanto á los documentos que lo atestiguan, ya sabe usted que no deben ser entregados al hijo del conde hasta que haya muerto el marqués de Auray. El secreto está allí, en aquel armario cuya llave no me abandona nunca, y no pueden quitármela sino robándomela ó asesinándome.

Las palabras del anciano revelaban una resolución inquebrantable. Ningún poder humano pudo haberle arrancado el secreto antes de tiempo, ni podría impedirle que lo revelase una vez llegada la hora.

—Pero,—dijo la marquesa levantándose á medias y apoyándose en el brazo de su sillón—usted puede fallecer antes que mi marido, pues si bien éste está más enfermo que no usted, en cambio tiene usted más edad. ¿Adónde irían á parar entonces esos documentos?

—El sacerdote que me asistirá en mis últimos momentos los recibirá bajo secreto de confesión, señora.

—Sí—repuso la marquesa levantándose—y de esta suerte la cadena de mis crímenes se prolongará hasta mi muerte, y el último eslabón de ella estará soldado á mi féretro por toda la eternidad. En el mundo hay un hombre, uno solo tal vez, que es inquebrantable como una peña; y es menester que Dios lo

coloque en mi camino, no sólo como un remordimiento, sino también como una venganza; y es preciso que una tempestad me empuje hacia él hasta que me quebrante... Tú tienes mi secreto en tus manos; está bien; haz con él lo que quieras. Tú eres el señor, y yo la esclava. Adiós.

La marquesa se fué y se encaminó de nuevo al castillo.

VIII

Pablo sabe quiénes fueron sus padres.

—Sí—se dijo el anciano mirando como se alejaba la de Auray—me consta que tienes el corazón de bronce, insensible á todo temor, salvo el que Dios te ha infundido en el alma en sustitución del remordimiento. Pero esto basta, ¿no es verdad? ¡Ah! es comprar bien cara una fama de virtud al precio de un terror eterno. Cierto que la fama de la marquesa de Auray está tan arraigada, que si la verdad surgía de la tierra ó bajaba del cielo sería tratada de calumnia. En fin, cuando Dios hace las cosas sabe por qué las hace, y lo que hace está escrito con mucha anticipación en su sabiduría.

—Muy bien raciocinado—dijo una

voz fresca y sonora, respondiendo á la máxima religiosa á que acababa de dar expansión el resignado Achard.—En verdad le digo, amigo mío, que habla usted como el Eclesiástico.

El anciano volvió el rostro y reparó en Pablo; el cual, llegado al salir la marquesa, no había sido visto por ésta, tan preocupada estaba con la escena que acabamos de describir sucintamente.

Al notar que el anciano estaba solo, el joven capitán se acercaba á su vez, cuando oyó las últimas palabras, á las cuales respondió él con su buen humor acostumbrado.

Achard, admirado de tan inesperada aparición, miró á Pablo como rogándole que reiterase lo que había dicho.

—Digo—prosiguió Pablo—que hay más grandeza en la resignación que se somete que no en la filosofía que duda. Esta es una máxima de nuestros cuáqueros, que, para mi dicha eterna, quisiera haber tenido más á menudo en el corazón y con menos frecuencia en los labios.

—Usted dispense caballero—repuso el anciano al ver que nuestro aventurero le miraba, inmóvil y con un pié en el umbral;—pero ¿puedo saber quién es usted?

—Por ahora—respondió Pablo dando, como de costumbre, expansión á su poética é indiferente alegría—soy un hijo

de la república de Platón; tengo por hermano el linaje humano y por patria el mundo, y no ocupo en la tierra otra posición que la que yo mismo me he creado.

—Y ¿qué busca usted?—prosiguió el anciano, sonriendo á pesar suyo ante la expresión de buen humor difundida por el rostro del joven.

—Busco—respondió Pablo—una casita situada á tres leguas de Lorient y á quinientos pasos del castillo de Auray, casita que se parece á esta como un huevo á otro huevo, y en la cual debo encontrar á un anciano que podría muy bien ser usted, amigo.

—Y ¿cómo se apellida ese anciano?

—Luis Achard.

—Soy yo mismo.

—En este caso, descienda sobre sus canas la bendición del cielo—dijo Pablo en voz que, cambiando repentinamente de inflexión, tomó la del afecto y del respeto;—pues aquí traigo una carta que me parece ser de mi padre, y dice que es usted un hombre honrado.

—¿No encierra nada esa carta?—preguntó el anciano, brillándole los ojos y avanzando un paso hacia el joven.

—Sí—respondió éste abriéndola y retirando de ella la mitad de un zequí de Venecia:—la mitad de una moneda de oro, de la que usted debe poseer la otra mitad.

Achard tendió maquinalmente la mano, y llenándosele de lágrimas los ojos, repuso:

—Sí, sí, esto es; además, el extraordinario parecido...

Y, abriendo los brazos, añadió:

—¡Muchacho!... ¡oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué le pasa á usted?—profirió Pablo tendiendo á su vez los brazos para sostener al anciano, que flaqueaba bajo el peso de la emoción.

—¡Oh!—respondió Achard—tú no comprendes que eres el trasunto viviente de tu padre, y que por éste hubiera dado yo mi sangre y mi vida, como ahora lo haré por tí si me la pides, muchacho.

—Entonces, abrázame, mi viejo amigo—dijo Pablo echando los brazos al cuello del anciano—pues te aseguro que la cadena del afecto no se ha roto entre la tumba del padre y la cuna del hijo. Quienquiera que haya sido mi padre, si parecésele basta una conciencia immaculada, un valor á toda prueba y una memoria que nunca olvida los beneficios, aunque sí algunas veces la injuria, soy, como tú has dicho, su trasunto viviente, y más en el alma que en el rostro.

—Sí—profirió el anciano hablando pausadamente y estrechando contra su pecho al hijo que de nuevo se le presentaba y mirándole con ojos de ternura al través de sus lágrimas;—sí, tu padre

poseía todas esas cualidades, su voz era arrogante como la tuya, como los tuyos brillaban sus ojos, y noble como el tuyo era su corazón. Pero ¿por qué no he vuelto á verte antes de ahora, muchacho? Con tu presencia habrías llenado de luz las horas sombrías que he pasado.

—¿Por qué? porque esta carta me ordenaba que no me presentase á tí hasta haber cumplido yo los veinticinco; y á fé que no hace mucho tiempo que los he cumplido: una hora.

El anciano inclinó, con ademán pensativo, la frente y permaneció silencioso por unos instantes, abismado en el recuerdo de lo pasado. Luego, levantando de nuevo la cabeza, dijo:

—¡Hace ya veinticinco años! ¡Dios mío! me parece que fué ayer que nació usted en esta casa, que abrió usted los ojos en aquella pieza!

Y el anciano tendió la mano hacia una puerta que daba á otro aposento.

Pablo pareció reflexionar á su vez; luego miró en torno de sí para avivar, con la vista de los objetos que le rodeaban, los recuerdos que se le agolpaban en la memoria, y, finalmente, dijo:

—¿En esta cabaña? ¿en aquella pieza? Y yo he habitado en ellas hasta la edad de cinco años, ¿no es verdad?

—Sí—respondió el anciano como temeroso de arrancar al joven á las sen-

saciones que empezaban á apoderarse de su alma.

—Pues bien—continuó Pablo llevándose las manos á los ojos para concentrar todos sus recuerdos—déjame que, por un instante, mire en torno mío en lo pasado, pues me acuerdo de un aposento al que creía haber visto en sueños. Sí, esto es... Escucha... ¡Oh! es singular cómo me acude todo á la memoria.

—Habla, hijo mío, habla—dijo el anciano.

—Sí, esto es, á la derecha... como quien entra... y en el testero... debe haber una cama... con colgaduras verdes.

—Sí.

—Y en la cabecera de esa cama, un crucifijo...

—También.

—Y frontero de la cama, un armario donde había libros... entre otros una Biblia muy voluminosa... con grabados alemanes...

—Hela aquí—profririó el anciano mostrando el libro sagrado abierto sobre un reclinatorio.

—¡Oh! ¡es la misma! ¡es la misma!—exclamó Pablo apoyando los labios en las hojas del libro.

—¡Noble corazón! ¡noble corazón!—murmuró el anciano.—¡Gracias, Dios mío, gracias!

—Luego—prosiguió Pablo levantándose—en ese aposento hay una ventana,

desde la cual se divisaba el mar, y en el mar había tres islas...

—Sí, las de Huat, de Hoedic y de Belle-île en Mer...

—¡Con que es cierto!—exclamó Pablo lanzándose hacia el aposento; y al ver que el anciano quería seguirlo, le detuvo diciéndole:—no, déjame ir solo en él; quédate.

Y el joven entró en el aposento y cerró tras sí la puerta.

Una vez á solas, Pablo se detuvo, sobrecogido por el santo respeto que rodea los recuerdos de la niñez. El aposento era, realmente, tal cual él lo describiera, pues la abnegada fidelidad del anciano servidor lo había conservado puro de toda modificación. El joven, en quien una mirada extraña habría coartado la manifestación de las sensaciones que lo dominaban, seguro de que estaba solo, se abandonó á éstas por completo: avanzó paulatinamente, y con las manos enclavijadas, hacia el crucifijo de marfil, y dejándose caer de rodillas, como tenía por costumbre hacerlo al acostarse y al levantarse en otro tiempo, procuró recordar una de esas sencillas oraciones en las que el niño, todavía en los umbrales de la vida, suplica á Dios por aquellos que de la vida le han abierto las puertas. Cuántos acontecimientos se habían realizado entre aquellos dos arrodillamientos, distantes veinte años uno

de otro! ¡Qué horizontes variados é imprevistos habían sucedido á los horizontes que acaricia con tan suave mirada el risueño sol de nuestros juveniles años! ¡De qué manera el caprichoso viento que hinchaba las velas de su buque, al alejarle de las pasiones del alma lo había lanzado en medio de las pasiones políticas! Y he aquí que creyendo, con la indolencia de la juventud, haber olvidado cuanto existía en la tierra, se acordaba de todo; y he aquí que su vida, libre y potente como el Océano que la mecía, iba á unirse á lazos desconocidos hasta entonces, lazos que tal vez la retendrían en este ó en el otro paraje, cual anclada nave que llama al viento y á la que el viento llama, y que, no obstante, se siente encadenada, esclava, cautiva desde la víspera, á la que la libertad pasada hace todavía más amarga su esclavitud futura. Pablo quedó abismado por largo espacio de tiempo en sus pensamientos, y luego se levantó y fué á apoyarse de codos en la ventana. La noche estaba tranquila y hermosa; la luna brillaba en el firmamento y plateaba la cresta de las olas. En el horizonte aparecían las tres islas, azuladas cual vapores que flotasen sobre el mar. Pablo recordó cuántas veces, en su niñez, se había apoyado en el mismo sitio, contemplando la misma perspectiva y seguido con los ojos alguna barca de blanca vela, que se des-

lizaba silenciosa por las aguas, como las alas de un pájaro nocturno; é hinchándosele de recuerdos suaves y tiernos el corazón, dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró silenciosamente.

En esto, Pablo sintió como le cogían la mano; era el anciano, á quien él quiso ocultar su emoción; pero arrepintiéndose al punto, de no atreverse á ser hombre, se volvió hacia Achard y le mostró francamente el rostro, inundado de lágrimas.

—Tú estás llorando, muchacho—le dijo el anciano.

—Sí, lloro—profirió Pablo—y ¿por qué lo negaría? Sí, mírame. Sin embargo, durante mi existencia he presenciado escenas terribles: he visto al huracán hacer bambolear mi buque en la cresta de las olas y en la profundidad de los abismos, y he conocido que mi buque no pesaba para las alas de la tempestad más que una hoja seca para la brisa de la tarde; he visto á los hombres caer á mi alrededor como las espigas maduras al filo de la hoz del segador; he oído los gritos de angustia y de muerte de aquellos que veinticuatro horas antes habían comido conmigo, y para ir á recoger su último suspiro he pasado al través de una granizada de balas de cañón y de fusil, y andado sobre un piso en el que, á cada paso, resbalaba en la sangre. Y, sin embargo, mi alma no se ha conmovido, ni las lágrimas me han subido á los

ojos. Pero este aposento, del que tan religiosamente he conservado el recuerdo; este aposento, en el que recibí las primeras caricias de un padre á quien no volveré á ver nunca jamás, y los besos de una madre que tal vez nunca más quiera volver á verme; este aposento, repito, es para mí sagrado como una cuna y una tumba. No puedo contemplarlo sin abandonarme á mis emociones, es menester que dé expansión á mis lágrimas, de lo contrario, me ahogaría.

Achard oprimió contra su pecho á Pablo, que dejó caer la cabeza sobre el hombro del anciano.

Por espacio de algunos instantes sólo se oyeron los sollozos del joven.

—Tienes razón—dijo por fin Achard: —este aposento es, al par que una cuna, un sepulcro; allí—añadió tendiendo el brazo—es donde tú naciste; y allí—continuó, indicando con el ademán el ángulo paralelo del aposento—donde recibiste el último adiós de tu padre.

—¿Así, pues, murió?—preguntó Pablo.

—Sí.

—Ya me explicarás de qué manera.

—Todo te lo diré, todo.

—No en seguida—repuso Pablo buscando con la mano una silla y sentándose.—Ahora no me hallo con fuerzas para escuchar. Deja que me reponga.

El joven apoyó el codo en el alféizar

de la ventana, descansó la cabeza en la palma de la mano, y fijó nuevamente la mirada en el Océano.

—¡Qué hermosa es la noche en el mar, cuando, como ahora, lo ilumina la luna!—prosiguió el joven con el acento suave y melancólico que le era habitual.

—Este espectáculo es sosegado y sereno como Dios, grande como la eternidad. No creo que el hombre que á menudo lo ha observado tema morir. ¿Verdad que mi padre murió con intrepidez?

—¡Oh, sí!—respondió Achard con noble orgullo.

—No podía menos de ser así—continuó Pablo.—Aunque la última vez que vi á mi padre no tenía yo más que cuatro años, lo recuerdo perfectamente.

—Era, como tú, un gallardo joven—dijo Achard mirando á Pablo con tristeza;—y precisamente tenía la edad que tú ahora.

—¿Cómo le apellidaban?

—El conde de Morlaix.

—¡De modo que también yo soy noble y de antigua familia! ¡También yo tengo escudo y divisa como todos esos jóvenes señores insolentes que me pedían mis pergaminos cuando les mostraba mis heridas!

—Aguarda, muchacho, aguarda; no des, de esta suerte, entrada en tu pecho al orgullo, pues todavía no te he dicho el nombre de la mujer á quien debes

la existencia é ignoras el terrible secreto de tu nacimiento.

—Enhorabuena; no por eso dejaré de escuchar con el mismo respeto y recogimiento el nombre de mi madre. ¿Cómo se llamaba ésta?

—La marquesa de Auray—respondió lentamente, y como á pesar suyo, Achard.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó Pablo levantándose de un salto y asiendo las manos al anciano.

—La verdad—respondió Achard con tristeza.

—Así, pues, Manuel es hermano mío y Margarita mi hermana!

—¡Ah! ¿les conocías ya?—dijo á su vez y lleno de admiración el anciano.

—¡Oh! tenías razón—profirió el joven marino desplomándose nuevamente en su silla.—Los designios de Dios son inescrutables, y, en su sabiduría, cuanto ha ce está escrito muy anticipadamente.

Ambos interlocutores guardaron silencio por unos instantes.

Pablo levantó la cabeza, fijó en el anciano una mirada llena de resolución, y dijo:

—Ahora puedes hablar; estoy dispuesto á escucharlo todo.

IX

Achard revela el secreto

Después de algunos momentos de silencioso recogimiento Achard dió comienzo á su relato en los términos siguientes:

—Estaban prometidos uno á otro, cuando no sé qué odio mortal dividió y separó de improviso á sus familias. El conde de Morlaix, con el corazón quebrantado, no pudo permanecer en Francia, y partió para Santo Domingo, donde su padre poseía una hacienda. Yo, en quien el marqués de Morlaix tenía la más omnimoda confianza, pues éramos hermanos de leche y nos habíamos educado juntos; yo, á quien el marqués apelidaba hermano, por más que nunca me olvidé de la valla que entre los dos la naturaleza levantara; yo, repito, acompañé al conde. El marqués de Morlaix descansó en mí el cuidado de velar por su hijo, al cual quería yo como si lo fuera mío. Dos años parmanecemos bajo el cielo de los trópicos; durante ellos, el conde, perdido en las soledades de aquella isla magnífica, viajero sin plan y sin norte, cazador entusiasta é infatigable, intentó curar los dolores del alma con la fatiga del cuerpo; pero, muy lejos de conseguirlo, no parecía sino que el corazón se le abrasaba todavía más bajo la

influencia de aquel sol de fuego. Por fin, después de dos años de lucha, su amor lo arrebató: ó veía de nuevo á su amada, ó rendía la existencia. Cedi y partimos. Nunca ha hecho nadie una travesía más hermosa y más feliz: mar y cielo nos sonreían de consumo: había para creer en los presagios venturosos. Seis semanas después de haber partido de Puerto Príncipe, desembarcamos en el Havre.

—La señorita de Sablé estaba casada; el marqués de Auray se encontraba en Versalles, desempeñando al lado del rey los deberes inherentes á su cargo, y su esposa, enferma en demasía para seguirle, se había quedado en el vetusto castillo de Auray, del que desde aquí puedes ver las torrecillas.

—Si—dijo Pablo—lo conozco; prosigue.

—En cuanto á mí,—profirió el anciano anulando el hilo de su discurso,—durante nuestro viaje, uno de mis tíos, antiguo servidor de la casa de Auray, había muerto, legándome esta casita y las tierras á ella anejas, tierras y casita de que tomé posesión. Respecto al conde de Morlaix, se había separado de mí en Vannes, diciéndome que partía para París. Un año hacía que yo habitaba en esta casita, sin que hubiese vuelto á ver al conde, cuando una noche, hace en la presente veinticinco años justos y cabales, llamaron á mi puerta. Acudí al lla-

mamiento, y vi á tu padre, que llevaba en brazos una mujer con el rostro tapado. El conde entró en este aposento y depositó en la cama su dulce carga; luego, entrando en la otra pieza donde lo estaba yo aguardando mudo é inmóvil de admiración, descansó la mano en mi hombro, y mirándome como quien implora, por más que supiera que podía ordenar, me dijo: «Luis, tú puedes hacer más que salvarme la vida y la honra: puedes salvar la vida y la honra de la mujer á quien amo; sube á caballo, vuela á la ciudad, y dentro de un hora está de regreso con el médico.» El conde me habló con ese acento conciso y enérgico que indica que no hay momento que perder. Obedecí, pues. El día empezaba á clarear cuando el médico y yo llegamos aquí. El conde de Morlaix introdujo al facultativo en este aposento, cuya puerta se cerró tras ellos, y permanecieron en él durante todo el día. A las cinco de la tarde partió el médico, y, llegada la noche, el conde salió á su vez, llevándose de nuevo y en brazos, y también tapada de rostro, á la misteriosa mujer á quien trajera la noche anterior. Cuando me encontré solo, entré en este aposento y te encontré á tí, que acababas de venir al mundo.

—¿Y cómo supiste que la mujer aquella era la marquesa de Auray?—inte-

rrumpió Pablo, como si todavía quisiese aferrarse á la duda.

—¡Oh!—respondió el anciano,—de modo tan terrible como imprevisto; yo había ofrecido al conde de Morlaix con servarte junto á mí, y aceptado el ofrecimiento, el pobre venía de tiempo en tiempo para pasar una hora á tu lado.

—¿Sólo?—preguntó con ansiedad el joven.

—Siempre sólo,—respondió Achard; pero como me habían permitido pasearme contigo por el parque, sucedía que, de vez en cuando la marquesa aparecía en la esquina de alguna alameda, como si el acaso la hubiese conducido allí, y haciéndome seña de que me acercase, te besaba como pudiera á un niño ajeno á quien place ver por lo hermoso. De esta suerte transcurrieron cuatro años, cuando una noche llamaron nuevamente á la puerta de esta casita: era también el conde Morlaix, el cual estaba más sosegado, pero quizá más sombrío que la primera vez. «Luis, me dijo, mañana al rayar el alba, me bato con el marqués de Auray; es un duelo á muerte que únicamente tendrá á tí por testigo; así lo hemos estipulado. Dame, pues hospitalidad por esta noche y recado de escribir.» El conde se sentó á esta mesa, en esta misma silla en que estás tú sentado ahora; luego se levantó, permaneció apoyado en la silla sin sentarse

en ella, y pasó el resto de la noche en vela. Al amanecer entró en mi cuarto, y como yo no me había acostado, me encontró en pie. En cuanto á tí, pobre niño ajeno á las pasiones y á las miserias humanas, estabas durmiendo en tu cuna.

—¿Qué más? ¿qué más?

—El conde se inclinó lentamente hasta tí, y apoyándose en la pared y mirándote con tristeza, me dijo con voz profunda: «Luis, como si perezco en el duelo pudiera sobrevenir una desgracia á este niño, entrégalo junto con esta carta, á Fil, mi ayuda de cámara, el cual tiene el encargo de conducirlo á Selkirk, Escocia, y dejarlo allí en manos seguras. Cuando el niño haya cumplido veinticinco años, te traerá la otra mitad de esta moneda de oro y te pedirá el secreto de su nacimiento, y se lo dirás, pues, tal vez entonces su madre estará sola y aislada. Respecto á estos papeles, que consignan quién es aquella, no se los entregarás hasta que haya muerto el marqués de Auray. Ya estás enterado de todo—añadió;—ahora partamos; ya es hora.» Entonces el conde de Morlaix se apoyó en tu cuna, se inclinó hasta tí, y aunque era todo un hombre, ví desprenderse de sus ojos una lágrima, que cayó sobre tus mejillas.

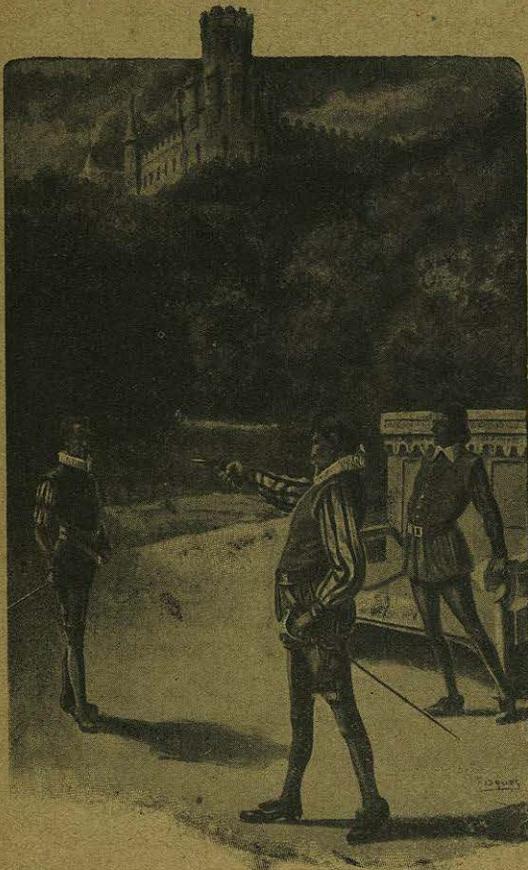
—Prosigue, prosigue—dijo Pablo con voz ahogada.

—El lugar de la cita era una alameda del parque, á cien pasos de aquí; al llegar á él, encontramos al marqués, que hacía algunos minutos nos estaba aguardando cerca de un banco, en el que había dos pistolas cargadas. Los adversarios se saludaron sin cruzar palabra. El marqués señaló con el dedo las armas, cada cual tomó la suya, y ambos, pues las condiciones del duelo habían sido previamente estipuladas, como me lo dijera el conde, fueron á colocarse, silenciosas y sombríos, á treinta pasos uno de otro, y empezaron á andar á su mútuo encuentro. ¡Oh!—prosiguió el anciano, tan conmovido como si presenciase la escena que estaba narrando, te juro que el momento en que vi disminuir gradualmente la distancia entre los duelistas, fué terrible para mí. Cuando al marqués y al conde no les separaron más que diez pasos, el primero se detuvo é hizo fuego... Yo miré al conde, y al ver que no se le contraído un solo músculo del rostro, le tuve por sano y salvo... Tu padre continuó avanzando hacia el marqués, y apoyándole sobre el corazón el cañón de la pistola...

—¡Supongo que no le mató!—exclamó Pablo, asiendo el brazo al anciano.

—No; le dijo: «La vida de usted está en mis manos, y me sería fácil quitársela; pero quiero que viva para que me perdone como yo le perdono.» Dichas

estas palabras, el conde dió consigo en tierra; estaba muerto: la bala del marqués le había atravesado el pecho.



Cuando no les separaron más que diez pasos el marqués se detuvo é hizo fuego...

—¡Oh, padre mío! ¡padre mío!—exclamó el joven marino retorciendo los brazos.—Y el hombre que mató á mi padre vive aún, ¿no es verdad? ¡y es to-

avía joven, y todavía tiene fuerzas para levantar una espada ó una pistola! Iremos á encontrarle hoy, al instante, y le dirás al presentarme á él: «Este es el hijo del conde de Morlaix, y es menester que con él se bata usted.» ¡Oh! ¡ese hombre... ese hombre!... ¡Ay de su vida!

—Dios se ha encargado de su venganza,—profirió Achard, ese hombre está loco.

—Es verdad—murmuró Pablo,—lo había olvidado.

—Y en su locura,—continuó Achard, ve eternamente aquella escena sangrienta, y repite una y otra vez, durante el día, las palabras que en su última hora le dirigió el conde.

—¡Ah! ahora comprendo por qué la marquesa no se separa de él ni por espacio de un minuto.

—Y porqué so pretexto de que el marqués no quiere ver á sus hijos, aleja de él á Manuel y á Margarita.

—Pobre hermana mía!—profirió Pablo con acento de ternura infinita. Y ahora quiere sacrificarla casándola contra su voluntad con ese miserable Lectoure.

—Sí, pero ese miserable Lectoure,—repuso Achard,—se lleva consigo á Margarita á París, y, en cambio, da un regimiento de dragones á su hermano; de esta suerte, la marquesa deja de temer